

PASCAL: LA HUMILDAD, EL DESEO Y EL AMOR. EL DOLOR Y EL GOZO DE LA FILOSOFÍA.

Tal y como señala Alicia Villar en su estupendo estudio y comentario a la *conversación con el señor de Saci*, para Pascal, Descartes (su filosofía) era inútil e incierto (en un sentido muy especial, carente de certeza)¹. Y, desde luego, teniendo en cuenta cuáles eran las intenciones que movieron a Descartes a elaborar su obra filosófica, este juicio sobre la misma era la peor de las críticas que podía recibir. La cuestión es entender por qué pensaba esto Pascal, qué pretendía indicar. Y reflexionar sobre este punto puede resultar de enorme interés.

Cabe pensar que, en gran medida, Descartes se presenta, entre los filósofos, como el paradigma, el prohombre, de lo que Pascal denominaba el “espíritu de geometría”. Reduce la realidad a un mínimo número de principios máximamente explicativos y acomete su conocimiento (el de la realidad) por medio de demostraciones que pretenden ser inapelables para la razón (para todo ser racional). En efecto, aceptados los principios de los que parte, sus demostraciones tienen el poder de ser inapelables; lo son.

Ahora bien, tal y como ve las cosas Pascal, el asunto clave es que el geómetra no toca lo esencial en filosofía, no ve la auténtica realidad, no es capaz de hacer verdadera filosofía.

El geómetra alcanzará claridad y distinción, demostrará con rotundidad y, aun así, o precisamente por ello, se le escapará el verdadero objeto de búsqueda de todo filósofo auténtico. La ciencia, que reducirá el mundo a espacio y número, no concebirá una explicación del mundo que no sea geométrica.

Recordemos a Galileo, por quien mostraba admiración Descartes, y que en su tratado *El ensayador*, afirmaba: “la filosofía está escrita en ese vasto libro que está siempre abierto ante nuestros ojos, me refiero al universo; pero no puede ser leído hasta que hayamos aprendido el lenguaje y nos hayamos

¹ En particular merece la pena la lectura de dos de las obras de Alicia Villar a este respecto: *Pascal: ciencia y creencia*, Madrid, ediciones pedagógicas, 2002 y su edición de la *Conversación con el señor de Saci*, Salamanca, Sígueme, 2006.

familiarizado con las letras en que está escrito. Está escrito en lenguaje matemático, y las letras son triángulos, círculos, y otras figuras geométricas, sin las que es humanamente imposible entender una sola palabra”².

La nueva razón propugnada por Descartes quedará recluida en los límites de lo matemático, “Porque, ¿qué hay en la mente humana a parte de números y magnitudes”?, dirá Kepler en una carta a Herwart von Hohenburg³. Y aun así, para Pascal, extraordinario y admirado genio matemático, esto no nos aproxima a la verdad; muy al contrario, es un empobrecimiento de nuestras facultades y una renuncia a la filosofía en su sentido más profundo.

En una carta a Fermat fechada el 10 de agosto de 1660 afirmaba: “Para hablaros abiertamente sobre la geometría, la encuentro el más alto ejercicio del espíritu pero, al mismo tiempo, reconozco su inutilidad, de modo que hago pocas distinciones entre una persona que sólo es geómetra y un hábil artesano. Así, es para mi el oficio más bello del mundo, pero, en fin, no es más que un oficio”⁴.

Las ciencias, abstractas y seguras, no nos permiten conocernos mejor a nosotros mismos, no nos ayudan a mirar en nuestro interior con mayor agudeza, a entendernos y entender, así, el mundo. Muy al contrario, nos vuelcan en el mundo y hacen de éste, encumbrándonos llenos de orgullo, un mero objeto de dominio y posesión. Como San Agustín, su gran referente, Pascal se verá, parafraseando las confesiones, debilísimo para gozar de la verdad, alejado de ella, habiéndola confundido con la vanidad y la mentira.⁵

La cuestión filosófica es la existencial en su sentido más profundo, la pregunta por mi, por mi vida, por cómo he de vivir mi vida para que

² Galileo Galilei, *El ensayador*, Buenos Aires, Aguilar, 1981, p. 63.

³ Johannes Kepler, *Gesammelte Werke*, im auftrag der deutschen forschungsgemeinschaft und der Bayerischen Akademie der Wissenschaften begründet von Walter von Dyck und Max Caspar fortgesetzt von Franz Hammer herausgegeben von der Kepler – Kommission der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, vol. 15, C. H. Beck, 1995, p. 146.

⁴ Texto citado por Alicia Villar en *Conversaciones con el señor de Saci...*, p. 89. La carta se encuentra registrada en *Ouvres complètes*, ed. J. Chevalier, París, Gallimard, 1976, p. 522. Y sobre la relación entre Fermat y Pascal merece la pena la lectura de: J. Basulto Santos y J. A. Camúñez Ruiz, *La geometría del Azar. La correspondencia entre Pierre Fermat y Blaise Pascal*, Madrid, Nívola, 2007.

⁵ Agustín de Hipona, *Confesiones*, IX, 4, 9, Madrid, B.A.C. (*Obras completas de San Agustín II*), 1988, pp. 356 y 357.

realmente haya merecido la pena haber vivido. Pero esta indagación, a la que dedicó su vida Sócrates, se sustenta, como mostró de modo extraordinario San Agustín, en una pregunta radical: ¿Qué merece mi amor, mi entrega?

La cuestión central es que tratar de probar, demostrar apodócticamente, lo que debe ser amado, exponiendo en orden las causas o razones del amor y, como consecuencia inapelable, amar esto o aquello, tras observar meticulosamente que esto es lo más razonable, todo ello parece absurdo e inútil. “El corazón tiene su orden; el espíritu tiene el suyo, que procede por principio y demostración. El corazón tiene otro. No se prueba que deba ser amado exponiendo por orden las causas del amor; esto sería ridículo”⁶.

Como clamaba San Agustín lo importante es el amor. Es mi amor el que me define, es mi peso⁷, y es por esto por lo que en filosofía nada es tan importante como el *ordo amoris*. Ahora bien, a mayor geometría no se sigue necesariamente un amor mayor ni mejor ordenado; es necesario, pero no fácil, reconocer que no es creciendo en poder sobre el mundo como voy a crecer en amor; que amar, dar cabida, entrada, en nuestra vida al amor exige humildad, no instrucción.

Como quien reconoce una misión que llevar a delante, Pascal se esforzará en mostrar, para quien quiera verlo, el escaso valor de nuestro poder, nuestra naturaleza miserable, el carácter contradictorio y paradójico de nuestra condición, la vanidad de lo humano-mundano, nuestra radical finitud...

El reconocimiento de nuestro ser es condición previa para poder acoger la verdad; una verdad que, lejos de ser un producto, nos sobrepasa; no la podemos dominar, no está al alcance de nuestro poderío.

Pascal se compromete en una tarea, la de evitar que pasemos por alto nuestra fragilidad, que nos consideremos meros espectadores del mundo,

⁶ Pascal, *Pensamientos*, nº 298, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 105. Cito los *Pensamientos* de Pascal siguiendo la edición de Alianza Editorial, que sigue, a su vez, el texto establecido por Louis Lafuma en las *Obras completas* de Pascal, publicadas por Editions du Seuil en 1963, y dentro de la colección L'Intégrale. En adelante, cuando haya de citar esta obra, lo indicaré del siguiente modo: Pascal, *Pensamientos*, nº, p.

⁷ Agustín de Hipona, *Confesiones*, XIII, 9, 10, Madrid, B.A.C. (*Obras completas II*), 1988, p. 561.

definitivamente ubicados, protegidos, instalados en la fortaleza que cada uno nos hayamos construido.

La existencia humana es, como dirá Kierkegaard, devenir constante, incertidumbre, riesgo, angustia...⁸ “Incapaces de saber con certeza y de ignorar absolutamente. Bogamos en un vasto medio, siempre inciertos y flotantes, empujados de uno a otro extremo; cualquier término donde pensáramos adherirnos y afianzarnos, vacila y nos abandona, y, si le seguimos, escapa a nuestra captura, se nos escurre y huye, en una huida eterna; nada se detiene para nosotros. Es el estado que nos es natural, y sin embargo, el más contrario a nuestra inclinación. Ardemos en deseos de encontrar un asiento firme y una última base constante para edificar sobre ella una torre que se alce al infinito, pero todo nuestro fundamento cruje, y la tierra se abre hasta los abismos.

No busquemos pues seguridad y firmeza; nuestra razón se ve siempre frustrada por la inconstancia de las apariencias: nada puede fijar lo finito entre los dos infinitos que le rodean y le huyen”.⁹

Buscamos sentido a nuestra existencia, perdidos, y tendemos a confundirlo con la estabilidad, la firmeza, la seguridad. Pero cuanto más sabemos más conscientes somos de nuestra condición miserable y más nos angustiamos. En nuestro pensamiento, subraya Pascal, reside nuestra grandeza; “el hombre no es más que una caña, la más frágil de la naturaleza, pero es una caña pensante. No hace falta que el universo entero se arme para destruirlo: un gas, una gota de agua, es suficiente para matarlo. Pero, aunque el universo lo aplaste, el hombre será superior, pues sabe que muere y conoce su debilidad. El universo, en cambio, no sabe nada. Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento”¹⁰, es más, en no renunciar nunca a alcanzar la verdad y en reconocer, al mismo tiempo, lo lejos que estamos de ella. Pero en estar siempre lejos, muy lejos de alcanzar

⁸ Es este un asunto central en la obra de Kierkegaard, pero es especialmente profundo y valioso lo expuesto en su *Post Scriptum no científico y definitivo a “Migajas filosóficas”*, Salamanca, Sígueme, 2010.

⁹ Pascal, *Pensamientos*, nº 199, p.79.

¹⁰ Pascal, *Pensamientos*, nº 200, p.81.

la verdad, el bien, por nosotros mismos, frágiles y vulnerables en extremo, radica nuestra miseria.

Saber de esta desproporción que somos, de nuestra naturaleza contradictoria, nos llena de angustia, ¿Cómo no odiar a la verdad que nos tortura?, ¿Cómo no idear mil modos de escapar de la verdad y de la angustia?

Las certezas más profundas, como la que tenemos de nuestra condición finita y miserable, nos producen tal inquietud y, en su raíz, odio que pasamos la vida huyendo de ellas o, incluso, negándolas. Enmascaramos la miseria de nuestro yo interesándonos más por la apariencia que por la verdad, y, finalmente, olvidamos que la máscara es un disfraz y la representación ficción. Vivimos de vanidad y entre vanidades, en una constante ilusión. Pero cuando se corre el velo se nos hace presente lo que no queremos ver: quienes somos.

No queriendo ser descubiertos, rehuimos la verdad que anhelamos y, zafándonos, a falta de verdad perseguimos la imagen, controlable, que nos construimos de ella; nos hacemos idólatras. El “yo” se convierte en el centro de todo y quiere tenerlo todo a su servicio, bajo su poder; y es por esto que construye un mundo en el que se vierte.

La diversión es el medio ideado para olvidar, encubrir, no ver. Evadirse, entretenerse, ya sea en el juego, ya sea en el ejercicio del poder o del dominio del mundo, es huir de la verdad. Y cuando se silencia la verdad, la vida, toda ella, discurre ocupada en lo vano.

“La única cosa que nos consuela de nuestras miserias es el divertimento Y, sin embargo, es la más grande de nuestras miserias. Porque es ella, principalmente, la que nos impide pensar en nosotros y la que hace que nos perdamos insensiblemente. Sin ello estaríamos llenos de tedio, y este tedio nos impulsaría a buscar un medio más sólido de salir de él; pero el divertimento nos entretiene y nos hace llegar a la muerte insensiblemente”.¹¹

¹¹ Pascal, *Pensamientos*, nº 414, p. 126.

Si elimino las máscaras, la diversión, la ficción, la acción, la ocupación... ¿Qué me encuentro?, ¿Qué me queda?... angustia, tedio, fragilidad, un ser a medio hacer, vanidad, miseria...; búsqueda de verdad y rechazo de la misma; vértigo, anhelo de seguridad y de evidencia en un devenir constante.

“Nada le es tan insoportable al hombre como estar en pleno reposo, sin pasiones, sin quehaceres, sin divertimento, sin aplicación.

Siente entonces su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío.

Irresistiblemente surgirá del fondo de su alma el tedio, la maldad, la tristeza, la pesadumbre, el despecho, la desesperación.”¹²

Sin duda, así lo piensa Pascal, nuestra grandeza reside en el pensamiento, pero, y esta es la clave, hemos de esforzarnos en pensar bien; y esto no es meramente una cuestión de método. “La grandeza del hombre es grande porque se sabe miserable; un árbol no se sabe miserable. Por lo tanto, ser miserable es saberse miserable; pero es grande saber que se es miserable”.¹³

Si no reconocemos nuestra miseria seguiremos entregándonos, por egoísmo y miedo, a lo vano; viviendo hipócritamente centrados en nuestro miedo, cegados para el misterio, la Verdad, el Bien y la Belleza; viviendo una vida en la que “Pocas cosas nos consuelan, pero pocas cosas nos afligen de verdad”.¹⁴

Con todo, saber de nuestra condición no es suficiente para escapar de nuestro amor propio, de nuestro egoísmo, de nuestra voluntad de poder sobre el mundo, las cosas y los otros; en definitiva, para escapar del teatro del mundo y amar profundamente a la Verdad que nos humilla.

¹² Pascal, *Pensamientos*, nº 622, p. 204.

¹³ Pascal, *Pensamientos*, nº 114, p. 49.

¹⁴ Pascal, *Pensamientos*, nº 43, p. 30.

El orgullo, que nos hace odiar la verdad y ocultarla bajo extraordinarias construcciones racionales, ha de ser humillado. “Burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar”.¹⁵

Es necesario desenmascarar el orgullo de quienes, como el “geómetra”, garantizan que la razón matemática es capaz de resolverlo, disolverlo, todo.

Sin humildad no es posible el reconocimiento de la verdad, no es posible aceptarla como tal; estar al descubierto, y amarla. Sin humildad no hay filosofía en el sentido más elevado del término. Sin humildad solo hay “yo” y mundo, voluntad de poder y vanidad de vanidades.

Amarnos a nosotros mismos, como centro del universo, y perseguir con todo empeño dominio y soberanía, seguridad y poder, esto no es amar, eso no es filosofar, eso es la esencia del pecado.

Un corazón endurecido por el rencor y el orgullo no es capaz de amar y, por tanto, de acoger siquiera la verdad, el bien que desde siempre anhela. Es por esto por lo que, en un sentido muy profundo, quien no ama no conoce. Y es por esto por lo que no es el conocimiento el que justifica el amor, sino el amor el que hace posible el conocimiento.

La verdadera filosofía ha de invitar a amar, ha de humillarnos, para así ensalzarnos, transformándonos en amorosos enamorados de la verdad y, del mismo modo, aun cuando exija de una confianza desmedida, ha de fortalecernos en la esperanza, manteniéndonos abiertos y vulnerables.

“El conocimiento de Dios sin el de la miseria propia produce el orgullo – dirá Pascal-

El conocimiento de su miseria sin el de Dios produce la desesperación.

El conocimiento de Jesucristo constituye el punto medio, porque en Él encontramos a Dios y a nuestra miseria”¹⁶.

Una larga tradición, que se remonta a los pitagóricos, retoma Platón, desarrolla Aristóteles y reafirma el neoplatonismo entendió siempre que no hay filosofía que no sea, en el fondo, teología. ¿Qué diríamos de Descartes,

¹⁵ Pascal, *Pensamientos*, nº 513, p. 183.

¹⁶ Pascal, *Pensamientos*, nº 192, p. 74.

de Espinoza o de Leibniz? Pero Pascal es más radical en su planteamiento. Tal como él lo ve y lo vive en filosofía, que no es sino amor y compromiso con la Verdad, el Bien que nos trasciende, como ya señalaron San Agustín, San Bernardo o San Buenaventura, Jesucristo es la clave, pues sólo Él “humilla infinitamente más que pueda hacerlo la sola razón, pero sin desesperar, y ensalza infinitamente más que el orgullo de la naturaleza, pero sin enorgullecer”.¹⁷

Desesperanza y orgullo convierten en absurda la idea de camino; sin esperanza la muerte vence a la vida y sin humildad no hay acceso posible a la luz de la verdad.

¹⁷ Pascal, *Pensamientos*, nº 208, p. 83.